



GALERIA CÓMICA  
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES



—¡Qué pierna para una farra campera!  
—¡Vale por cuatro!  
—¿Y cuando escribe pa el tiatro?  
—¿Y tocando la guitarra?  
—Médico y poeta, abona su talento el pueblo entero.  
—Y es más criollazo!.....  
—¡Aparcero!  
El Fogón hecho persona!

**AÑO II**  
**Nº 90**  
Noviembre 17 de 1895  
**PRECIOS-SUSCRICION**  
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

**EXTERIOR**  
Los mismos precios en moneda equiva. lente con el aumento del franco.  
Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.  
Oficina: CALLE URUGUAY, 801  
MONTEVIDEO.

## SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Arturo Giménez Pastor.—En un álbum, por Vital Aza.—Para Ellas: Una promenade..., por Raviel.—Mal de muchas, por J. D. Vega.—En la mesa, por Carlos Lengua.—Epigrama, por L. L.—Teatros, por Re-Bemol.—Dolores, por C. D.—Correspondencia particular.—Libros recibidos.

GRABADOS—Galería cómica (Fotografías sin retoques).—Para Ellas: retrato de señorita, por Aurelio Giménez.—CLARO! (aunque no parezca), por Wimpline II.—La Gracia ajena: ¡Eureka! por A. Pons.—¡Clare!, por Mecachis—y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Pues señor! Este don Juan Idiarte Excelencia (aunque sólo parezca, *mayormente*) es un hombre terrible (aunque tampoco lo parezca ni mayor ni *menormente*).

¿Habrá todavía en el mundo cosa á que él no se haya aplicado?

Empezó por ser simplemente Juan Idiarte y etc.; dicen que luego tuvo cancha de pelota; siguió hasta ser representante del pueblo (por más que no lo pareciera); llegó á senador luego, nada menos que á Presidente de la República (cosa que tampoco parece). Una vez en posesión del título de Excelencia que había merecido de la confianza pública (aun que parezca mentira) dióse á ser *sportman* (y á veces lo pareciera). Y finalmente para no dejar nada se ha empeñado ahora en ser *high-life* elegante (cosa que nunca parecerá).

De modo que bien puede darse el lujo de parodiarse á Don Juan Tenorio, diciendo que

Ya recorrió su afición  
toda la escala social.

Y no es cuestión de reirse porque pueda suponerse á un hombre como nuestra excelencia comparándose con Don Juan Tenorio, dado aquello de la verruga, etc., porque para la semejanza cuenta ya con un elemento: se llama Juan.

Volviendo pues á la última faz presentada por nuestro pro-hombre.

Es el caso que S. E. ha mandado traer de Buenos Aires un señor sastre para su exclusivo servicio, y he aquí que Mister Mac-Milans pasó el Plata en busca de la *idem* que el Presupuesto asigna para gastos de indumentaria de don Juan.

Eso es.

De modo que pronto le tendremos vestido á la *porteña* con gran contento de la familia y correlativa desesperación de Garzón.

Pero es natural. Don Juan habrá dicho á Mister Mac-Milans, como si lo viera:

—Mire, Mister. Yo soy Presidente, pero nadie lo quiere creer sino me ven con la banda; tanto, que yo había pensado salir con la banda todos los días; pero Angel se opone.... Preocupaciones ¿eh? A ver, pues,

si me arregla un poco la *facha* para que por la calle no me confundan los muy brutos de mis gobernados con un boticario enamorado, ó un mozo de tienda picarón. *Monsieur* quería que mandara por un sastre á Francia, pero yo me he decidido por Buenos Aires. Conque, á ver.

Y he ahí que Mister Mac-Milans se ha llevado las medidas de nuestro Presidente. Cosa sensible indudablemente porque con ellas se van á apercebir los *porteños* de que tenemos aquí un Presidente de escasa talla. ¡Y tan escasa!

Pero en fin; váyase lo uno por lo otro; en cambio no podrán menos de hacerse lenguas del valor de un hombre que se toma el lujo de hacerse servir por un sastre inglés.



Figúrense ustedes cómo será la cosa pensando lo que son aquí los sastres aun no siendo *ingleses* sino los sábados!

Bien es verdad que los de aquí no son como los de allá.

Porque se atribuye á don Juan la opinión de que todo es mejor y más barato en Buenos Aires.

Dado lo cual sería muy del caso, como me decía un mi amigo pintor y rubio aunque gordo, mandar buscar á Buenos Aires un Gobierno; que nos hace falta.

Por lo de mejor y más barato.

El asunto Buhigas-Calvete y C.° sigue resolviéndose, interesante y fétido como él solo.

Y se ha armado una tremolina de los mil demonios incluso Palomeque y Flores.

Han ocurrido en la Cámara, con este motivo, cosas sorprendentes.

Hubo quien se atrevió á llamarle loco á Palomeque!

Y el diputado Piccardo, refiriéndose á su colega Vigil que hablaba como un fonógrafo descompuesto, pidió que lo hicieran callar.



Sólo en estos casos se vé que, tratándose de una cámara muda, como una baldosa concentrada, se quiera hacer callar á alguien cuando todos estamos ansiosos de la muestra.

Por lo que á Flores toca, ya sabrían ustedes que don Pepe Batlle le ha desafiado.

Y ha enviado en calidad de padrino á nuestro amigo y tocayo Arturo Santana.

Lo cual hacía decir á un señor escrupuloso:

—Pero ¿no parece mentira que don Pepe Batlle, tan ferozmente liberal como es, y tratándose de un duelo, nada menos, haya enviado una madrina en vez de padrino, y una madrina tan católica?

—¿Pero que dice usted, hombre?

—Lo que dicen los diarios. Que uno de los padrinos de Batlle es nada menos que Santa Ana.

*Monsieur* fué obsequiado con un banquete en lo de Charpentier, por varios jefes de alta graduación.

El se oponía... es modesto...

Pero ellos se empeñaban.

El aceptó por fin.

Y ellos aplaudieron.

Entonces... él echó á andar.

Y ellos le siguieron.

Y todos tragaron los manjares *français* que les sirvió Mr. Charpentier.

Y brindaron por la Patria y el Ejército y por *France* y por *Monsieur*.

Una vez terminado el banquete, ellos decidieron acompañarle hasta su casa.

Pero él se opuso otra vez.

Ellos insistieron.

El resistió nuevamente...

Ellos le suplicaron.

El se enterneció por fin.

Y ellos lo acompañaron.



Nuestro amigo Enrique De-María estrenó el Jueves en Cibils su juguete cómico *El melón de invierno*.

Aunque la pieza vale tanto como algunas del repertorio español que nos sirven por acá las empresas y más que muchas del mismo repertorio que aunque nos sirven ellas, no sirven para nada, la concurrencia no fué muy numerosa al estreno.

Aunque sensible, es natural.

A nadie le despierta la curiosidad la presentación de un melón más, en un país que tiene en sus Cámaras tantos melones, sin contar á Cabral.

De los telegramas:

«Londres, 13—El sábado próximo zarpará con rumbo á Costa de Oro el vapor *Angola*, llevando pertrechos para la expedición militar, etc.»

Para Costa de oro, como lo leen.

Hay jente de suerte; miren ustedes que por ir á una costa de oro no hay quien no arriesgue un mareo. Sé de muchos que por arribar á una de cobre aunque fuera en forma de *vintenes*, matarian á la suegra.

Y ¡lo que son las desigualdades irritantes! Hay países que tienen una costa de oro, y en cambio á nosotros se nos marcha con

todo el oro de los guardias civiles el comisario Da Costa!



En fin: mientras nos queden Floro Costa y Costa Gutiérrez...

El *Montevideo Noticioso* se ocupa con interés de las huelgas últimamente pronunciadas y por pronunciarse.

Y dice que los zapateros, secundando el movimiento que en todos los gremios se nota, se reunirán pronto, con igual objeto. Que sea cuanto antes; venga esa huelga, por Dios!

Que así podremos dar explicaciones satisfactorias los que á veces llevamos los botines rotos.

Por otra parte, asegura el colega que los herreros harán igual cosa hoy.

Aquí si que no estoy conforme.

Queden en paz los herreros.

Lo que necesitamos por ahora es una huelga definitiva de los *Herreras*.

¡De todos los *Herreras*! ¿eh?

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

DE VITAL AZA



Cuando tus ojos brillaron ayer, niña, en el paseo, todos cual yo te admiraron y de este modo expresaron su deseo:

*Un pollo*—¡Es encantadora!

*Un gallo*—¡Si yo pudiera!...

*Un casado*—¡Es hechicera!...

¡Si fuera así mi señora!...

*Un viejo*—¡Nunca he creído

ver tan celestial rubita!

*Una vieja*—¡Es muy bonita!

¡Pero yo también lo he sido!

—¡Firmes!—dice un militar.—

¡Ante el enemigo velo!

*Un sacerdote*—¡Es un cielo!

*Un marino*—Esa es... ¡la mar!

*Un banquero*—Guapa y rica.

*Un fatuo*—Si yo consigo...

*Un estudiante*—(A un amigo):

¡Camará! Vaya una chica.

*Un inglés*—¡Voy de ella en pos



é mi no vuelve á Inglaterra!  
*Un chulo*—¡Si en esta tierra está la gracia de Dios.  
*Un vascongado*—¡No quiero más fueros que ser su vida!  
*Un gallego*—¡Qué garrida!  
*Un andaluz*—¡Que salero!  
*Un músico*—Alborozada mi mente la contempla. ¡Qué música hiciera yo al calor de su mirada!  
*Un vate*—Mi musa inquieta vaga en alas del deseo... ¡Feliz quien sea el Romeo de tan hermosa Julieta!  
*Un escultor*—¡Nada igual trazara humano cincel si hiciera una copia fiel de ese busto escultural!  
*Un cobarde*—¡En franca lidia luchara bravo por ella!  
*Coro de ellos*—¡Ay qué bella!  
*Coro de ellas*—¡Ay qué envidia!

Yo, tu admirador serviente, de tus ojos expresivos diré, niña, solamente que.....  
 ... ¡Nada hay más elocuente que unos puntos suspensivos!

VITAL AZA



He recibido, amigas mías, esta bonita colaboración de *Raviel*, titulada: *Una promenade...*, que creo ha de gustarles.

# ¡CLARO!

(AUNQUE NO PAREZCA)



Wimpelmann II

Nadie lo entiende.... Promete la cuestión Buhigas-Calvete.

Por hoy quedan libres de mi sosa charla.

## Una promenade.....

DEDICADO Á ELVIRA

Sólo debido á un compromiso que no he podido eludir—compromiso que tampoco podría esquivar si lo quisiera, porque quien me lo impone tiene suficientes títulos para meterme en empresas como las que acometo, es que me he decidido á borrar estas carillas, descargando sobre la dama exigente todas las responsabilidades que puedan resultar de mi falta de práctica en estas andanzas literarias.

La escena que trataré de relatar no tiene nada de patética y menos de jocosa—su único mérito es la ingenuidad.

Cumplo una promesa; he ahí todo.

El principio me es lo más difícil ¿Cómo empezará? Si fuera literato ó pichon siquiera—describiría un día de fiesta en esta capital, haría veinte mil giros á cual más brillante al rededor de ese día que los cristianos dedican al reposo, y que otros enemigos de la religión de Cristo lo suplantaron por el sábado, en lo que demuestran más criterio, pues á hacerlo así nos veríamos libres de ingleses—(nación detestada por todo el orbe cristiano y no cristiano).

Este descanso del día festivo, lo entiendo cada cual á su modo y manera.—Quién canta milongas en la guitarra matizadas con un cimarrón en medio de un círculo de *criollos* que más tarde saborean un pedazo de asado con cuero al estilo campestre estando para ese objeto, en ansiedad durante una semana, á la espera del día en que han de lucir sus habilidades, ya sea en el traje gauchesco que lleva con todo *chic* ó en gastar el foco *fósforo* que anida en su cerebro, para hilvanar una copla que al cabo resulta panplina. Otros emplean las horas disponibles del sábado, engrasándose las manos para arreglar debidamente su bicicleta, que recorrerá en tantas horas, minutos y segundos tal número de kilómetros, y es tan seguro su cálculo que habiendo hecho en otras ocasiones con facilidad, llegado el día de demostrarlo, por causa de la bicicleta, del camino, de un obstáculo ó... de un rayo, no puede conseguirlo, deduciéndose de ahí su desesperación. Y apesar de su desengaño tiene luego el consuelo de saber que un su amigo ha alcanzado la buena suerte de llevarse por delante el Velódromo, sacando en recompensa serios chichones que tardarán veinte días en desaparecer.

Otros van á los frontones por no perder la afición, aunque malas lenguas digan que es por salir con algunos reales más, que muchas veces resultan menos.

Otros más pacientes pánanse en los cafés, haciendo acopio de jaquecas provenientes de puñetazos que inadveridamente se han dado, por cerradas con dobles seis,—si están revolviendo fichas,—ó por un tute de reyes si manosean cartas.

Otros... pero recién advierto que no era de los otros que quería hablar, sino de mí, y, que menos severo me juzgaré, como el más inocente mortal que más dichosamente haya pasado las horas domingueras en fraternal consorcio.

¿Cómo me juzgarán los otros? No sé, pero declaro con toda franqueza que me importa un ardite su opinión.

Ay Domingos de Ramos, de Pasión, y cuatro ó cinco más clasificados genuinamente. El que yo recuerdo y recordaré toda la vida, le llamaré el mío,—porque me perteneció enteramente; solo yo me lo guisé, y como no sé quién, yo solo me lo comí. ¿Solo? ¡No tal! que aunque se diga de viejo que dos almas se funden al soplo, etc., etc.—dos cuerpos bien conformados, porque el mío es esbelto, (sin presunción) y el de la persona que á mi lado iba no dejaba también de serlo—unidos por un guion de antebrazos—íbamos conversando amigablemente, contemplando natura, que parecía complacerse en la armonía de pensamientos é ideas que existían en los asuntos que tratábamos, y ni una palabra en diapasón distinto salía de nuestros labios. Siempre el mismo tono, la misma pregunta, la misma respuesta. Monótono ¿no es verdad? No, no es, al menos á mí no me lo parecía, y mi compañera compartía igual opinión.

Pregunta repetida y contestada hasta el cansancio, sin saciar jamás.

Testigos de la escena—Natura, ya lo dijimos.— ¡Qué buena señora es!

No interrumpió una sola vez; nuestra conversación—pero... los otros (con razón me ocupé de los otros) los otros eran mi papá y mi mamá, es decir, los que quedan llegar á serlo.—¿Nadie más? Ah! sí, otra pareja—mi hermanita, con otro futuro hermano ó cosa así.—Es decir, no me explico bien, la hermana, pues... de mi compañera

—con mi hermano... digo... el compañero de la hermana de mi compañera... Enriquito!

Estos últimos también poco me distraían con sus interrupciones—no sé que asunto de igual interés les absorbía su atención que no precisaban de terceros,—pero los terceros, esto es, los segundos que he nombrado apresuraban algo el paso de puro curiosos,—curiosidad que no era posible satisfacer porque en los dos diálogos se debatían intereses extraños á su intervención.

La distancia que en un principio fué corta,—entre unos y otros (y con ello me refiero de pareja á pareja)—al poco tiempo se hizo respetable y no se que coincidencia hizo que por entre la espesura de unos árboles nos perdiéramos de vista.

Después... explicar lo no sé; olvidé todo.—El mundo no existía para mí.—Miraba y no veía—Conversé, conversé mucho tiempo—¿Qué cosas dije? no lo sé! Sólo recuerdo que mis manos se estrechaban con las suyas, que mis brazos rodearon su talle, que nuestros rostros se oprimían y que un estremecimiento nervioso recorría todo mi cuerpo, experimenté sensaciones de frío y de calor á la vez, no sé como expresarlo.—Me sentí trasportado á otras regiones desconocidas.

Mis ideales bullían en mi cabeza; miré al cielo, y no me pareció hermoso—El cielo estaba á mi lado, lo tenía allí, era un ángel de la tierra que con sus lábios entreabiertos me hacía comprender lo que es la felicidad suprema.

La había besado, besado solamente...

Y á poco, cuando ambos nos retirábamos de allí, llenas nuestras almas del más puro y ardiente amor, divisamos á corta distancia nuestra otra pareja que también parecía, ó por lo menos intentaba como nosotros unir sus bocas en un beso.

Pero ¡oh sorpresa! El le dió un beso en la mejilla, ardiente, apasionado; pero ella, un más ardiente y apasionada, le descargó un fuerte cachetón en el rostro, dejando al pobre Romeo mohino y cariacontecido.

—Yo ¡oh sorpresa! sintiéndome dueño de tu amor...

—Dime ¿por qué entonces te apartaste tú de mí ofendida, y cuando quise darte otro beso casi casi imitaste á aquella furia?

—¡Oh! La imitación... Pero escucha, escucha... ¿Cuándo estemos solos... verdad que no la imitarás...?

Noviembre 8 de 1895.

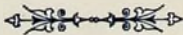
RAVEL



¡EUREKA!



—Un consonante á constante... constante... ¡Ah, ya, *constumbre!*



MAL DE MUCHAS

—Qué mal, doctor, le arrebató la vida? dice Inés con acento dolorido.

—Murió—exclama el doctor—de una caída.

—Pues, ¿de dónde cayó? —¡Cayó de un nidol!

J. D. VEGA



EN LA MESA

(ESCENAS CONYUGALES)

Su mujer había terminado de cenar. Sin embargo, no se movía de su asiento. Con una mano en la mejilla y la otra en el codo, miraba con ojos fijos un punto lejano del blanco mantel de hilo. De cuando en cuando, un sacudimiento, un suspiro, un rápido parpadear de ojos, y vuelta á su actitud primitiva de sierva resignada y triste.

Lejos de ella, al extremo de la mesa, sentado á ésta con ese aire solemne é imponente del rey absoluto que eleva estrados hasta para presidir el simple ejercicio del cuchillo y tenedor, Gutiérrez, don Anselmo Gutiérrez se disponía á comer. ¡Grande é importantísima ocupación! Con la servilleta al cuello, puesta á la usanza infantil, grave el semblante y los brazos apretados, cortaba un trozo de exquisito fiambre con esa lentitud y dulzura del gastrónomo frío y ceremonioso que teme *herir* los manjares con la rapidez y la violencia del corte. No se veían sus ojos, ocultos bajo los párpados casi cerrados, distendidos en un enarcar de cejas durísimo, angular.

Oíase únicamente en la pieza el ruido de los cubiertos al chocar contra el plato, el péndulo del reloj; fuera, el gotear sibilante de una canilla floja, producía una viva impresión de abandono, de dejadez, en el silencio de aquella tarde nublada de otoño.

El reloj dió las tres, lenta y opacamente. Gutiérrez agitose en su silla refunfuñando; luego articuló, sin mirar á su mujer:

—Esto es un escándalo. ¡Qué casa! Las tres de la tarde, y aún almorzando. ¡Of!...

Y arrojó la servilleta sobre la mesa, sonando los nudillos de sus dedos contra la madera. Quédose un momento con los ojos bajos, silbando suavemente, tironeando impaciente de una de las guías de su larga barba castaña, partida en forma de banderola.

Miró á su mujer de través, con sus torvos ojos azules, que parecían aún más sombríos sobre su cutis moreno.

—¿Qué dices?—dijo asperamente.

Cerró ella los ojos, y con firme dulzura, contestó: —No sé... tú tienes la culpa: el almuerzo está pronto desde las once; te he mandado despertar lo menos diez veces.

Hizo él un gesto de indignada repugnancia.

—¡Que has de mandar tú!... Si no haces más que andar todo el día chismeando con los sirvientes, y la casa está sucia hasta dar asco. Ayer, sin ir más lejos, encontré una cáscara de zapallo dentro de la jarra del lavatorio... ¡y porquerías por todas partes!... ¡Of!...

Y sacudió la cabeza con desesperada impotencia.

—¿Y aquí?—continuó repasando la vista por todo el comedor.—Telarañas que es un gusto... y polvo encima de todo. ¿Qué hace ese plumero sobre el aparador?... ¿Aquel cepillo de mesa fuera de la bandeja?... ¿Y aquella jarra de leche con la tapa abierta? ¡Claro! Así se traga uno moscas y bichos é inmundicias, de todo! ¡Es un escándalo!... Y hay mantel en la mesa, porque lo he comprado yo.

Y se quedó con la vista clavada en el mantel, un mantel nuevecito, lustroso y tieso, que señalaba claramente todos sus dobleces en forma de cuadriláteros unidos entre sí como tabla de ajedrez.

—¿Cómo ha de haber manteles?—dijo á poco su mujer con indeciso reproche.—Las cosas se ponen viejas, y si no se compran otras, claro, tienen que faltar... No han de durar siempre... Y como tú no haces caso de nada...

Exaltóse Gutiérrez.  
 —¿Que no hago caso? ¿Tienes un cinismo?... Por quién hay manteles, di, por quién?... Por el trabajo que tú te tomas... será cuando menos?...  
 —No digo... pero así haces tú las cosas: un mantel, y gracias: eso no basta...  
 —¡Maldita sinvergüenza! ¿Y tú cuántos has comprado, di, cuántos?  
 —Los que tú hubieses querido, si me hubieras dado dinero para ello.  
 Detúvose un momento Gutiérrez algo cortado  
 —¡Sí, el dinero! Para que te lo gastes en cintas y en trapos. ¡La disculpa de la... A ver, alcánzame el vino... ¡Sirveme!  
 Y le presentó el vaso; pero, al servirle, su mujer tuvo la desgracia de derramar un gran chorro de vino sobre el flamante mantel.  
 Gutiérrez exhaló un grito furioso:  
 —¡Bestia! ¡Ya lo manchaste! ¡Ya está perdido, ya no sirve para nada!... ¡No, no, no te apures; no limpies nada! Quémalo, y es lo mismo. ¡Animal, estúpida!  
 Y colérico, rabioso, se tironeaba las barbas, daba golpes de puño sobre la mesa, mientras su mujer, articulando disculpas, afanosa, entadada consigo misma, trataba de secar el líquido con gruesas migas de pan, derramando luego sal fina encima de la gran mancha violácea.  
 Pero inútil empeño: el yerro no tenía enmienda, y Gutiérrez lo declaraba á voces, dándose á todos los demonios, y poniendo á su mujer como nueva á fuerza de insultos é improperios.  
 ¡El mantel, el mantel que él mismo había comprado el día anterior! Ahora... era lo mismo cortarlo á pedazos, tirarlo á la basura—¡sí, á la basura!—sin que se perdiese absolutamente nada.  
 —Pero, hijo, no es para tanto interrumpió su mujer impaciente.—Se lava, y asunto concluido.  
 El no atendía razones; aquello no tenía remedio, y era mejor que se callase... si tenía vergüenza. En medio de su cólera, pidió á su mujer que le alcanzase un trozo de queso, naturalmente con prólogo y epílogo de insultos y maldiciones.  
 El trozo de queso estuvo bien pronto á su lado, pero sin el papel que le envolvía.  
 —¿Así das las cosas?—dijo á su mujer con tono violento.—¡Naturalmente! Como tú eres una puerca, te crees que todos han de ser lo mismo. ¡A ver el papel! No he de manchar el mantel como tú.  
 Y con el entrecejo frunciendo, meneando desesperadamente la cabeza cada vez que su mirada se encontraba con la enorme mancha de vino, probó el filo del cuchillo en el pulgar y sonrió vagamente con cierto aire de orgulloso triunfo.  
 —No son serruchos, no, como antes; gracias á mí, á mí, están ahora bien afilados.  
 Respiró ampliamente y se dispuso á cortar el queso con una sonrisa de magnánima y escéptica suficiencia.  
 En eso su hijo entró; volvía del colegio, trayendo debajo del brazo un montón de libros y en la mano un periódico.  
 Volvióse Gutiérrez hacia él.  
 —¿Qué es eso, qué traes?  
 —Un diario, papá.  
 —Dámelo.  
 El niño rogó que le dejase leer antes una cosa muy buena...  
 —¡Dámelo, te digo!—repitió el padre de mal humor.  
 Resignóse el niño, y se lo entregó Pero Gutiérrez era ya hombre perdido, al menos por esa tarde. No podía leer: la mancha del mantel le obsesionaba. Sujetó el periódico debajo del brazo, y frunciendo duramente el entrecejo, cortó con ágil movimiento tres tajadas de queso, mientras el niño, con la cabeza trastornada por la curiosidad, salía del comedoa á buen paso para ver quién era el que llamaba: dos veces había sonado el llamador...  
 —Te busca una señora—dijo el niño volviendo.  
 —Bueno, que espere—contestó el padre con tono inquieto y malhumorado.  
 Hubo un silencio.  
 —¿No comes el queso?—interrumpió su mujer con dulce naturalidad.  
 —¡No!—contestó Gutiérrez rudamente, arrojando lejos de sí los trozos de queso, que ni siquiera había probado.  
 Y revolviéndose en su silla, nervioso, sombrío, miraba al niño, miraba á su mujer, cual si ellos tuvieran la culpa de haberle conducido á aquel estado de amarga y negra contrariedad.  
 Su hijo tuvo la debilidad de rogarle que le prestara un momentito el periódico.  
 —¡Vete de aquí ó te...!—gritó Gutiérrez iracundo, fulminando al pobre niño con la mirada y el ademán.  
 Y aseguró el periódico debajo del brazo, cubriendo con sus hojas un buen espacio de mantel y reteniendo el impreso junto á sí con el feroz egoísmo que guarda el hambriento el último resto de pan.  
 Pasaron así cinco minutos; su mujer le observa-

ba inquieta, no atreviéndose á recordarle que una señora le aguardaba y dándole mucho que pensar aquella su extraña actitud; jocosos é inmóvil en su asiento, mientras le aguardaban, y prendido al periódico como si temiese que éste echara á volar!  
 Al fin se lo indicó.  
 —Pero, hijo, ¿qué esperas? Esa señora debe aguardarte impaciente.  
 No contestó Gutiérrez: llenóse su rostro de sombras... y de pronto, con acento breve y casi jovial, dijo á su mujer:  
 —¿No sales hoy? Debes salir: hace un día precioso.  
 Estara completamente nublado y amenazaba lluvia.  
 —¿Porqué?—contestó su mujer un tanto sorprendida.—¡Pero si es un día feísimo!  
 Indudablemente, Gutiérrez no sabía lo que hacía ni lo que decía.  
 Sudaba.  
 Una criada entró  
 —Señor, dice esa señora que está en su escritorio, que si está usted muy ocupado, volverá otro día: que no se incomode por ella.  
 Gutiérrez hizo un gesto de idiota.  
 —¿Ah?  
 —Anda, hombre—dijo su mujer mirándole con extrañeza.—¿Por qué no vas?  
 —Bueno... ¡vay, voy!—contestó con resolución, pero sin moverse de su asiento.  
 Se pasó luego la mano por la frente: sudaba á mares. ¿Iria? Suspiró hondamente y sujetó con ansia el periódico debajo del codo, contra el mantel.  
 Y como notase que su hijo dirigía miradas delirantes á la hoja, exclamó amenazador:  
 —Mira, si llegas á tocar este diario, ¡no sé lo qué te hago! Bueno ¡Conque ya lo sabes!  
 Y se puso en pie, sin quitar la mano de encima del periódico, indeciso, irresoluto; y dirigiéndose á su mujer, añadió tranquilamente:  
 —No hay necesidad de quitar el mantel: como pronto comeremos...  
 Salió enseguida, lanzando una mirada tal á su hijo, que la pobre criatura rompió á sollozar.  
 La madre cogió al niño y lo besó tiernamente; y estirando la mano, impaciente y enfadada, entrególe aquel periódico que le enloquecía con su cosa muy buena y que su padre le prohibiera tocar en términos tan amenazadores.  
 El mantel, en el sitio que antes cubriera el periódico, tenía tres grandes y nitidos tajos.  
 CARLOS LENGUAS.

EPIGRAMA

Quando está enfermo José,  
 al ver al doctor se anima,  
 y suele exclamar con fe:  
 —Cada vez que viene usted,  
 me quita un peso de encima.

L. L.

TEATROS



Vayan dos palabritas sobre teatros, ya que por fin tenemos algunas novedades.  
 Enrique De-María estrenó el jueves en Cibils su juguete cómico *El Melon de invierno*.  
 La concurrencia no fué tan numerosa como hubie-

ra sido de desear tratándose de una obra nueva de un autor nuevo y uruguayo por añadidura.  
 Todo debe atribuirse á aquello de que «no hay peor cuña que la del mismo palo».  
 Aquí, parodiando á Sayago, somos así: pocos pero desunidos.  
 La obrita es muy aceptable y mejor que muchas *Salsas de Aniceta* y otras salsas indijestas del degradado teatro chico español.  
 Reprocharemos un poquito de vulgaridad en el enredo.  
 Aquello de «tú serás el amo y yo el criado» pase de *quid pro quos* que desde *Las preciosas ridículas* hasta «Meterse en honduras» ha sido tan explotado como puede serlo un recurso teatral, constituye el nudo de la acción.  
 Con que ya ven ustedes.  
 Pero la obra tiene buenas escenas y Mesa sacó muchísimo partido de ella.

Tina di Lorenzo debe haberse estrenado el viénes en Solis.  
 Eso sí, con función á beneficio del «Patronato de Damas».  
 Que ahora todo se lo va á llevar el Patronato. Cualquier día salimos comiendo el puchero á beneficio del bendito patronato.  
 ¡Ay, ay, ay, ay, ay, con el Patronato!  
 Escusado es que digamos á ustedes que Tina por ser Tina y por traer un buen repertorio, promete espléndidas noches.  
 Teatrales  
 Y para concluir.  
 La Bruja fué un triunfo para la Compañía de San Felipe, que, en su modesta esfera, hace prodigios.

RE-BEMOL

DOLORA

Al final de un viaje fué á recoger don Lino su equipaje, y al encontrar su mundo hecho pedazos, dejó caer los brazos y exclamó, con dolor, de angustia lleno:  
 —Bueno está el mundo, bueno, bueno, bueno!

S. D.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Saez—Montevideo—Bastante bien versificado y de buena ley el juego de palabras.  
 Pero para que surtiera efecto hubiera sido menester que esplicara usted la base del retruécano. El público no está tan preocupado con la cuestión esa para darse cuenta de primera.  
 Un oriental—Buenos Aires—Ya ve que me ocupo del asunto que me indicó en su carta. Y mil gracias.  
 Tití Pachá—Id.—Lo leeré.  
 Filomeno—Id.—No le digo á usted camello por no ofenderle.  
 R. L.—Florida—A Vd. si se lo digo sin ofenderle, porque lo es.



La invasión blanca, por Un oriental. Editada por El Anticuario. Folleto de actualidad cuyo envío agradecemos.  
 Un canto de ultratumba, por Constantino Becchi, poeta ya conocido y apreciado que agrega con su última obra un laurel á la corona de J. P. Varela.  
 Idem, idem.



- ESTABA POR ENTERRARLA VEZ Y CAMBIAR EL ZOMBREO QUE ME HE COMPRADO POR UN CLQC



Porque, bien mirado, lo que necesito es un clnc. ¡ Ahora clnc cualquier cosa por un clqc!



¡¡ Clqc !!

**BOTICA CENTRAL HOMEOPÁTICA**  
18 DE JULIO 9'53

**EL TORO**  
MANUFACTURA DE TABACOS Y VAPOR Y FABRICA DE CIGARRILLOS DE SALGVEIRON

LA PLAZA 238 242

**HOTEL CENTRAL**  
Gregorio y Pola y C.  
CALLE 25 DE MAYO 241 y 247

**AL Polo Bamba**

**CASA ESPECIAL EN CAFÉ**  
CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8  
Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

**STUDIO FOTOGRAFICO DOLOCE**

Calle Sarandí, 359  
Retratos modernos de busto á la romana.  
A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

**FOTOGRAFIA INGLESA**  
DE J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

**EL ANTICUARIO**

Calle 18 de Julio 184  
Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

**STUDIO FOTOGRAFICO DE CHUTE & BROOKS**  
Calle 25 de Mayo 300  
MONTEVIDEO  
Calle Florida 74  
BUENOS AIRES

**FALLIGARIS**  
Estudio fotografico

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.